

## **Filosofia felina**

**Filosofía felina.**  
**Los gatos y el sentido de la vida**

JOHN GRAY

TRADUCCIÓN DE ALBINO SANTOS MOSQUERA



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o  
almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Feline Philosophy*

Copyright © JOHN GRAY, 2020

Primera edición: 2021

Traducción  
© ALBINO SANTOS MOSQUERA

Imagen de portada  
© XxYSTUDIO, Milán

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2021  
América, 109,  
Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.  
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
JOAQUÍN CALLEGO

Formación  
GRAFIME

Impresión  
COFÁS

ISBN: 978-84-18342-53-0  
Depósito legal: M-2152-2021

Impreso en España

## ÍNDICE

1. Los gatos y la filosofía	9
2. Por qué a los gatos no les cuesta ser felices	45
3. Ética felina	73
4. Amor humano vs. amor felino	105
5. El tiempo, la muerte y el alma felina	137
6. Los gatos y el sentido de la vida	161
AGRADECIMIENTOS	171
NOTAS	173

## 1. LOS GATOS Y LA FILOSOFÍA

Un filósofo me aseguró una vez que su gato se había hecho vegano porque él lo había convencido. Creyendo que bromeaba, le pregunté cómo había logrado semejante proeza. ¿Acaso había alimentado al animal con exquisiteces veganas con sabor a ratón? ¿Le había presentado a otros gatos que fueran ya veganos practicantes para que los tomara como modelos de conducta? ¿O había debatido con él y lo había convencido de que comer carne está mal? A mi interlocutor no le hicieron ninguna gracia mis ironías. Fue entonces cuando me di cuenta de que creía de verdad que el gato había optado por una dieta sin carne. Así que zanjé nuestra conversación con una pregunta: ¿el gato salía de casa? Sí, me dijo. Misterio resuelto, pues. Era evidente que el gato seguía alimentándose como antes, solo que visitando otros domicilios y cazando. Y si su mascota había traído algún animal muerto a casa —una práctica a la que otros gatos,

éticamente subdesarrollados ellos, son, por desgracia, demasiado propensos—, el virtuoso filósofo no se había percatado de ello todavía.

No es difícil imaginar la impresión que al gato víctima de este experimento de educación moral debió de producirle su maestro humano. En el ánimo del animal, la perplejidad dejaría rápidamente paso a la indiferencia ante el proceder del filósofo. Los gatos rara vez hacen algo que no sirva a un fin definido o les induzca un placer inmediato: son archirrealistas. Su respuesta ante la insensatez humana no es otra que dar media vuelta e irse a otra parte.

El filósofo que creía que había convencido a su gato para que adoptara una dieta desprovista de carne no hacía sino demostrar lo ridículos que pueden llegar a ser los de su gremio. En vez de intentar enseñar a su gato, habría demostrado mayor cordura si hubiera tratado de aprender de él. Los seres humanos no pueden convertirse en gatos, pero si dejan a un lado toda noción de su presunta superioridad, tal vez lleguen a entender cómo a los gatos les puede ir bien en la vida sin plantearse, angustiados, cuál es el modo correcto de vivir.

Los gatos no necesitan filosofía. Siguen su naturaleza, se contentan con lo que la vida les da. Sin embargo, parece que lo natural en las personas es estar insatisfechas con su condición. El animal humano nunca deja de aspirar a ser algo que no es, con los trágicos y ridículos resultados previsibles. Los gatos

no hacen ningún esfuerzo de ese tipo. Gran parte de la vida humana es una denodada búsqueda de la felicidad. Entre los gatos, por el contrario, la felicidad es ese estado en el que se instalan por defecto cuando desaparecen las amenazas de tipo práctico a su bienestar. Quizá sea esa la razón principal por la que a muchos nos encantan los gatos. Traen de serie una felicidad que los humanos por lo general no logran alcanzar.

La fuente de la filosofía es la ansiedad, algo que no afecta a los gatos a menos que estén amenazados o se encuentren en un lugar extraño para ellos. Para los humanos, el mundo en sí es un lugar amenazador y extraño. Las religiones son intentos de hacer humanamente habitable un universo inhumano. Los filósofos han rechazado a menudo esos credos por considerarlos muy inferiores a sus propias especulaciones metafísicas, pero la religión y la filosofía obedecen a una misma necesidad.<sup>1</sup> Ambas tratan de conjurar el pertinaz desasosiego que acompaña al hecho de ser humano.

El ingenuo dirá que la razón por la que los gatos no practican la filosofía es que carecen de capacidad de razonamiento abstracto. Sin embargo, podríamos imaginarnos una especie felina que poseyera esa aptitud y conservara al mismo tiempo la despreocupación con la que llevan su existencia en este mundo. Si esos gatos modificados recurrieran a la filosofía, lo harían como si fuera una entretenida categoría de la

ficción fantástica. En vez de acudir a ella en busca de un remedio para la ansiedad, estos filósofos felinos la practicarían como si se tratara de un juego.

Lejos de representar una señal de su inferioridad, la ausencia de razonamiento abstracto en los gatos es una marca de su libertad mental. Pensar en generalizaciones deriva con facilidad en una fe supersticiosa en el lenguaje. Buena parte de la historia de la filosofía consiste en un culto a las ficciones lingüísticas. Sin embargo, al ser criaturas que se fían solamente de lo que pueden tocar, oler y ver, los gatos viven libres del imperio de las palabras.

La filosofía da fe de la precariedad de la mente humana. Las personas filosofan por el mismo motivo por el que rezan. Saben que el sentido que han forjado para sus vidas es frágil y les aterra la posibilidad de que se venga abajo. La muerte es el derrumbe supremo del sentido, pues señala el final de todas las historias que los seres humanos se hayan estado contando a sí mismos. Por ello, se imaginan una transición a una vida más allá del cuerpo, en un mundo que está fuera del tiempo, y que el relato humano continúa en ese otro reino.

Durante gran parte de su historia, la filosofía ha sido una búsqueda de verdades que sirvan de prueba contra la mortalidad. La doctrina platónica de las formas —ideas invariables que existen en la esfera de lo eterno— era una imagen mística en la que los valores humanos quedaban protegidos frente a la muerte.



Como ellos no piensan en la muerte (aunque sí parecen saber bastante bien cuándo les llega la hora de morir), los gatos no necesitan ninguna de esas fantasías. Si pudieran entenderla, la filosofía no tendría nada que enseñarles.

Pero hay unos pocos filósofos que hayan reconocido que podemos aprender algo de los gatos. Es célebre el cariño que el filósofo decimonónico alemán Arthur Schopenhauer (nacido en 1788) sentía por los caniches, de los que tuvo sucesivos ejemplares durante los años finales de su vida, todos con idénticos nombres: Atma y Butz. También tuvo un compañero felino como mínimo, pues cuando murió de un fallo cardíaco en 1869, lo encontraron en casa, sobre su sofá, junto a un gato innominado.

Schopenhauer se valió de sus mascotas para corroborar su teoría de que la mismidad es una ilusión. Los seres humanos no pueden evitar pensar que los gatos son individuos diferenciados, como ellos mismos; pero eso es un error, opinaba el filósofo, pues ambos son simples ejemplares de una forma platónica, un arquetipo que se repite en muchos otros casos diferentes. Al final, cada uno de esos aparentes individuos es una encarnación efímera de algo más fundamental: la voluntad inmortal de vivir, la cual, según Schopenhauer, es lo único que en realidad existe.

Así expuso su teoría en *El mundo como voluntad y representación*:

Sé muy bien que, si yo le asegurase en serio a cualquiera que el gato que ahora juega en el patio sigue siendo el mismo que hace trescientos años daba allí los mismos saltos y hacía las mismas travesuras, me tomaría por loco; pero sé también que es mucho más loco creer que el gato de ahora es total y radicalmente distinto que el de hace trescientos años. [...] Pues es verdad que en el individuo tenemos siempre delante un ser diferente en cierto sentido [...]. Pero en otro sentido no es verdad, en concreto en el sentido de que la realidad solo conviene a las formas permanentes de las cosas, a las ideas; este sentido iluminó a Platón con tal claridad que se convirtió en su pensamiento fundamental.<sup>2</sup>

Esa imagen schopenhaueriana de los gatos como sombras pasajeras de un Felino Eterno tiene su encanto. Sin embargo, cuando pienso en los mininos que he conocido, no son sus rasgos comunes los que primero me vienen a la cabeza, sino las peculiaridades que los diferenciaban. Algunos gatos son contemplativos y reposados, y otros, unos incansables juguetones; unos son cautos, y otros, aventureros temerarios; algunos son callados y pacíficos, y otros, ruidosos y de carácter fuerte. Cada uno tiene sus propios gustos y hábitos, y su individualidad.

Los gatos poseen una naturaleza que los distingue de otras criaturas (y de nosotros en no menor

medida). La naturaleza de esos felinos —y lo que de ella podemos aprender— es el tema de este libro. Pero nadie que haya convivido con gatos puede verlos como ejemplares intercambiables de un mismo tipo único. Cada uno es singularmente él mismo y tiene más de individuo que muchos seres humanos.

Aun así, Schopenhauer tenía una concepción de los animales mucho más compasiva que la de otros destacados filósofos. Según algunas crónicas, René Descartes (1596-1650) arrojó a un gato por una ventana para demostrar la ausencia de sintiencia consciente en los animales no humanos; sus aterrados chillidos solo eran reacciones mecánicas, concluyó. Descartes también realizó experimentos con perros: azotó a uno mientras alguien hacía sonar un violín para ver si el sonido del instrumento bastaría posteriormente para asustar al animal (como efectivamente sucedió).

Descartes acuñó la frase «pienso, luego soy». La implicación era que los seres humanos son, en esencia, mentes y solo por contingencia organismos físicos. Quiso basar su filosofía en la duda metódica. No se le ocurrió dudar de la ortodoxia cristiana que les negaba alma a los animales, una ortodoxia que él reiteró en su filosofía racionalista. Descartes creía que sus experimentos demostraban que los animales no humanos eran máquinas insensibles, pero lo que en realidad evidenciaron es que los humanos pueden ser más irreflexivos que ningún otro animal.